



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

La Calle del Galán de la Burra

Ese era el nombre de la calle que hoy conocemos por Erasmo Escala. El pueblo comenzó a llamarla así, desde que se hizo pública la aventura de un conocido galán colonial que, además de enamorado, era definitivamente miope. Pero como todo hombre con decidida afición a las faldas, don Casimiro había sucumbido a los embrujos de una de las más hermosas doncellas que vivía en la Cañada de Saravia y, para colmo de su languidez, no tardó en verse correspondido pese a la constante vigilancia de la estirada madre, quien, aparte de fea, ostentaba un grueso bozo en el labio superior.

Pero el muchacho había derramado algunos doblones en la mano ansiosa de una vieja que servía en la casona de la niña, y la habilidosa recadera se las arregló para concertar una cita nocturna junto al cequión de la callejuela que corría tras la tapia de la huerta.

Esa noche, el joven salió de su casa en la Cañada de San Lázaro y viró hacia el norte por la calle del Nogal (actual García Reyes), guiando sus pasos por la débil luz de la luna que se reflejaba en el camino. Llegado al lugar del encuentro, sentose sobre un tronco a esperar a su amada que saldría por una pequeña portezuela del alto tapial. La tibia brisa del estío y el silencio absoluto que reinaba, lo sumieron en un caos de pensamientos amorosos y pecadores mientras llegaba el ángel de su vida. De

pronto, un ruido cauteloso le hizo latir apresuradamente el corazón. Pasos callados sobre el mullido colchón de hojas le anunciaron su presencia. Estático y anhelante, cerró los ojos en espera de su proximidad y, cosa osada, sintió un aliento caliente junto a su cuello. No pudiendo contenerse más, giró el cuerpo y, al tiempo que estiraba los brazos para estrecharla, estampó el más ardiente beso en esa boca que se le ofrecía tan próxima. En los primeros instantes no comprendió qué sucedía; mas pronto advirtió que aquellos labios que tan amorosamente saboreaba no eran los de su amada, sino los belfos de una burra, morronguera y hambrienta, que vagabundeaba hurgando en busca de comida.

Fue tal el espanto y la desilusión del enamorado, que comenzó a dar gritos creyendo que se trataba de un fantasma. Sus alaridos alertaron al vecindario que, en un dos por tres, se enteró del chasco entre risas y burlas. Al día siguiente, la aventura corrió por la ciudad transformándose en la comidilla de chincheles, tabernas y pulperías, donde los mozos jaraneros la comentaban, entre carcajadas y lebrillos de vino, como si ellos hubieran estado presentes en el lance.

Las «chinitas» de las casas adineradas recogieron la noticia en los mercadillos, y de mulata en mulata, y de vieja en vieja, llegó hasta los salones más principales, donde los caballeros tuvieron pretexto para alargar las tertulias, asegurando al oído de sus señoritas que ellos jamás habrían sufrido tal confusión.

Desde aquel entonces la callejuela del cequiún, que nunca antes había sido bautizada, quedó con el mote de Calle del Galán de la Burra, y no faltaron algunos osados que, pensando que la niña había equivocado la fecha, se aventuraron durante la noche con la esperanza de que acudiese a la cita. Pero la celosa y altiva matrona, a quien habían llegado apagados rumores, extremó su vigilancia sobre la doncella que jamás volvió a ver a don Casimiro, a pesar de las numerosas diligencias de la vieja celestina, ansiosa de duplicar sus doblones.

El buen hombre desapareció del poblachón de Santiago, y algunas malas lenguas afirmaron haber comprobando que el pobre había partido hacia Potosí como mayoral de una recua de mulas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

